

MARINA TENA TENA
LEGADO DE PLUMAS



Literup

LITERUP EDICIONES

© *Legado de plumas*, Marina Tena Tena, 2018.

© de la portada, Libertad Delgado, 2018.

© de la maquetación, Meritxell Terrón, 2018.

Lectores beta: Cristina Alfaraz, M^a Pilar Vicente, Gustavo Macher, Rubén Rodríguez y Celia Añó.

Primera edición: octubre de 2018

© Literup Ediciones

www.literup.com

Depósito legal: V-1559-2019

ISBN: 978-84-121870-3-8

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Abuso; agujas; muerte o asesinato; sangre, gore o lesiones; secuestro o síndrome de Estocolmo; violencia, tiroteos o tortura.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita <https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a contacto@literup.com

A mi familia, que mantiene mis pies en la tierra,
a mis profesores y a mi editora, que me enseñaron a
usar mis alas,

y a cada persona que me animó a volar
cuando no creía que pudiera hacerlo.

«Los valientes también temen.
Pero siguen avanzando», José Narosky.

PRÓLOGO

Mi madre nos quería hasta la locura. Hasta la desesperación. Por eso nos arrancó los ojos. Era el precio de soñar que podía salvarnos así la vida.

Lo último que vi fueron sus dedos: esqueléticos, tensos como garras. Cerré los párpados, aunque sabía que no debía. Nuestra madre me sujetaba el torso y Arlen se había sentado encima de mis piernas y me agarraba los brazos. Mi hermano lloraba, con la cabeza girada hacia otro lado. Sus hombros se sacudían y escuché el chirriar de sus dientes. Sus rizos se zarandeaban y escondían su cara. Quise gritarle que parase de llorar, de sujetarme, de permitir esa pesadilla. Pero solo cogía bocanadas de aire y las escupía convertidas en angustia. Notaba el sudor de las palmas de mi hermano en mis muñecas. Arlen aguantaba con el rostro muy firme y muy asustado.

Sabía que él iba a ir después.

Mamá me quería. Arlen me quería. El amor también sabe hacer cosas terribles.

—Si no podéis verlos, os dejarán vivir. Si no podéis ver, os dejarán vivir —repetía una y otra vez, en trance—. Si no podéis verlos...

Era un susurro interminable que se curvaba más agudo por la angustia. Quise gritar que se callara. Quise gritar y despertarme. Nada de eso podía ser real. Pero ella seguía diciendo una y otra vez las mismas frases, mientras sujetaba mi cabeza sobre el acelerado pulso de su corazón. Arlen apretaba mis brazos contra el suelo, intentaba llorar en voz baja.

Entonces mamá me abrió los párpados y me arañó los ojos para sacármelos. Sentí sus uñas clavar-se entre las venas. Rasgaron la bola gelatinosa en la que se mueven las pupilas. Empecé a chillar, a desgarrarme la garganta en gritos sobre el insoportable rojo. Mi madre tiraba, agarrando los escurridizos restos con esos dedos tan delgados, hábiles, decididos. Creía que me arrancaba el cerebro a través del agujero en el que escarbaba. Uñas afiladas y rotas como dientes de ratas, que mordisqueaban una madriguera dentro de mi cráneo. «Mamá, mátame. Mátame pronto. Mamá, basta. Mátame». Pero mis gritos no tenían palabras. Mi hermano me sujetaba con todas sus fuerzas y yo chillaba. Me sentía morir de dolor, en una cuna que apestaba a vómito y a sangre.

Dejó caer algo que sonó blando y sangrante contra la madera del suelo. Mi ojo o su alma. Antes de

que el dolor remitiese, antes de que pudiera perder el sentido, mamá me abrió los párpados del otro.

Lo peor no fue que todo empezara de nuevo. Lo peor fue que con Arlen tuvo que hacerlo sola.

Me hubiera gustado ayudar. Recuerdo los alaridos de mi hermano, los sonidos del forcejeo, los jadeos de nuestra madre, que se rompían en llanto. Recuerdo todo eso en una oscuridad roja y sin alma, y el palpito de dolor insostenible bajo los dedos que me había llevado a la cara buscando lo que ya no estaba.

Y luego llegó el silencio al borde de la inconsciencia. El abrazo de la mujer que nos había dado la vida nos mecía, acurrucándonos en el suelo, con esa forma de llorar que nunca había escuchado: ladridos agudos, cada uno cortado por el siguiente. Sus labios se posaron en nuestras frentes. Nos acunaba tratando de calmar la agonía.

—Si no podéis ver, os dejarán con vida.

Giré la cabeza hacia su voz, o lo intenté. Ella me acarició la mejilla. Todos sabíamos lo que pasaba cuando venían los ángeles. Su belleza era tal que ningún mortal podía soportarla.

Y nuestra madre nos quería demasiado.

El dolor nos llevaba a mi hermano y a mí en sus fauces como las madres llevan a sus cachorros a su

madriguera: sujetando la piel con los dientes. Exhalando su aliento de muerte en nuestras nuca. Nos mecíamos en la inconsciencia, en una oscuridad sin entrañas. Sangramos un dolor tan rojo que creí que nunca volveríamos a estar bien.

Sus pasos sonaban tranquilos y sin clemencia. Puede que no los escuchara y solo recordemos una pesadilla. Oí las súplicas de mi madre, farfullaba muy cerca del suelo, tan nerviosa que a duras penas se la entendía. A lo mejor fue un delirio el que me hizo creer que seguía luchando por nosotros y no es más que un recuerdo que nos hemos inventado.

—No pueden veros, son un regalo. Son un sacrificio... Un regalo. Son mis hijos. Para vosotros. Por favor, señores del cielo... Un regalo. Mi regalo...

No contestaron. A lo mejor nunca pasó. Pero entonces fue ella la que empezó a gritar.

Me revolví en la oscuridad y el suelo. Creo que la llamé. Mis manos encontraron el torso de Arlen, y mi hermano me reconoció. Tiró de mí para abrazarnos. Para que pudiéramos llorar juntos. Nuestra madre gemía con menos angustia que antes y contenía el dolor en la garganta. Creo que la llamé de nuevo, a gritos, porque Arlen buscó mi boca para tajarla.

Los gritos de mamá se apagaban.

Los ángeles son de tal belleza que ningún mortal puede soportar su visión.

Pero la voz de nuestra madre no se quemó como una flor que bebe la luz de un sol demasiado brillante. Sonaba como si le arrancaran el aliento y la deshojaran como una margarita en manos de un niño.

Arlen me abrazaba y yo me aferraba a él. Llorando sin voz y sin lágrimas. «¿Vamos a morir, hermano? ¿Todo esto ha sido para nada? Mamá, ¿por qué no nos has matado tú?». Algo frío, tanto como la porcelana, pero mucho más duro, me sujetó por la barbilla y me alzó el rostro. No tenía fuerzas ni razones para resistirme.

El sonido que siguió era metálico. Resonó como un cascabeleo breve, como una bofetada. Algo demasiado fuera de lugar para que pudiera entender que se trataba de una carcajada.

Creo que empecé a llorar de nuevo, que extendí mi mano al aire. Buscaba a mi hermano. Pero el ángel de voz dulce me alzó en brazos y me sostuvo suavemente y sin compasión.

A lo mejor imaginamos todo eso y en realidad nos llevaron sin decir palabra. A lo mejor lo soñamos. A lo mejor fue verdad. En realidad, eso no importa. Recuerdo a nuestra madre, y que nos arrancó los ojos. Recuerdo su desesperación. Recuerdo el abrazo de Arlen, que lloramos, muy juntos y rotos. Y

volver a estar juntos al despertarnos, en la torre de cristal donde moran los ángeles.

CAPÍTULO I

Echo de menos dormir con Arlen, aunque hayan pasado años y ya no seamos los niños a los que dejaron en la misma cama improvisada el día que nos trajeron. Nos hicieron una cuna de mantas, sangre y terciopelo en la que agonizamos. Lo tanteé con manos torpes, buscando el mundo. Buscando a mi hermano. Cuando lo encontré, ardía. Se puso tan enfermo que creí que iba a morir. Me aferré a él como si eso pudiera salvarlo.

No hubiera sido capaz de soportar que me dejase sola.

Los ángeles le cuidaron. Nos cuidaron a ambos. Como los cachorros desvalidos que éramos. Clavaban agujas en nuestra piel y hacían que el dolor se hiciera soportable. Nos desinfectaron las heridas de los ojos y luego nos enseñaron a cambiarnos las vendas. No nos separábamos. Mi mellizo no me respondía, murmuraba frases sin sentido, delirando por la fiebre. Sentí que lo perdía y era peor que si yo me muriese.

Dicen que los ángeles son inmortales. No creo que sea cierto del todo, pero viven mucho, y una

vida demasiado larga termina por ser aburrida. Supongo que por eso los terribles guardianes del cielo nos acogieron. Éramos una novedad en una interminable existencia en la que ya pocas cosas podían sorprenderles. Nuestra madre era muy inteligente, y también tuvo mucha suerte. Ojalá hubiera sabido antes de morir que lo que nos hizo iba a funcionar.

Ya no somos sus cachorros desvalidos. Crecimos. No solo físicamente, también nuestras mentes empiezan a tener más de adultos que de niños. Hemos aprendido a escuchar al cuerpo, a sentir los ruidos, a notar los olores. Así que ellos ya no nos miman como las mascotas consentidas que cuidaban. Tampoco comparto la cama con mi hermano, aunque escucho su respiración desde la suya, al otro lado de la habitación. Hemos crecido demasiado para seguir durmiendo juntos, espalda con espalda, despertándonos en nuestras pesadillas.

Sé que Arlen aún está dormido por su forma tranquila de respirar: profunda, a veces incluso se le escapan ronquidos suaves. Paso las uñas por mis brazos, siento el aliento del frío. Hoy va a llover. Lo noto en la piel y en la humedad del aire. Arrugo la nariz y me estiro con un bostezo. Tenso mi cuerpo hasta que las yemas de los dedos rozan la pared frente a la cama y los dedos de los pies se asoman fuera del colchón. Detesto los días de lluvia. Los án-

geles no vuelan con las plumas mojadas. Así que estarán todo el tiempo dentro de casa. Además, Azrael se pone irritable los días que llueve. Más irritable.

Ya no somos cachorros adorables y torpes. Ya no les hacemos gracia como cuando nos tropezábamos al tantear la casa para acostumbrarnos a las esquinas. Quizás Tamiel sea más paciente. Mi hermano confía en él por algún motivo.

Yo no confío en nadie.

Noto el amanecer como noto la lluvia que aún no ha caído: en la piel. En una capa más interna de la piel. Arlen sigue dormido. Yo me incorporo en el colchón para rascarme los brazos y los muslos. Es temprano, y podría aprovechar este rato a solas para relajarme, aunque no vaya a conciliar el sueño. Pero mi cuerpo no se quiere relajar, quiere empezar a moverse para sacudirse el cosquilleo de la impaciencia que recorre mis venas con patitas de insecto.

Me pongo en pie y busco la ropa en el armario de madera que tengo en mi lado de la habitación. Cojo la túnica de algodón que tengo abajo del todo de mi pequeño montón de ropa y oigo a mi hermano tomar aire en un bostezo.

—¿Bri?

—Dime.

—¿No es muy temprano?

—No puedo dormir más.

—¿Lo has intentado?

—No tengo sueño.

Le escucho bostezar de nuevo y luego mover su peso sobre el colchón, antes de incorporarse. Me abrocho la túnica. Es sencilla, de manga cómoda y ancha, con un bolsillo sobre el ombligo lo bastante grande para que nos movamos con las manos libres. Huele a jabón y el algodón es agradable contra la piel. Suave y ligero. Me la imagino blanca. Limpia, sin ninguna mancha porque la froto a conciencia con la pastilla de jabón.

Antes, cuando vivíamos con nuestra madre, cuando éramos niños y no mascotas, íbamos bastante sucios. El jabón era casi imposible de conseguir, y era mucho peor que este. Mamá nos dejaba usarlo solo una vez cada dos semanas. El resto de días nos lavábamos solo con el agua del río. Nuestra ropa sí que estaba sucia, porque nadie de la aldea cometería tal locura como despilfarrar jabón para la ropa.

Ahora vamos tan limpios que a lo mejor nos confundirían con ángeles. Si no fuera por nuestra piel suave y la ausencia de alas. Si no fuera porque ninguno de los dos somos lo bastante bellos para matar a alguien con nuestra sola presencia... Tenso los labios en una sonrisa torcida que no dejaría que ninguno de nuestros dos guardianes viera.

—Va a llover —dice.

—Lo sé.

—Entonces mejor no tener prisa por empezar el día. Quédate aquí un rato más, tranquilamente los dos.

—Me apetece andar.

—No querrás despertarlos.

—Sé moverme sin hacerlo.

—Briana...

Suspiro. Sé la distancia a la que está mi hermano y la cruzo para sentarme cerca de él, en su colchón. Huele a él. Arlen huele a sol y a arena fina, de la que se escurre entre los dedos. Huele a la hierba salvaje que se empeñaba en crecer en el pequeño huerto que cuidaba nuestra madre, y también huele un poco como ella. Me pasa el brazo por los hombros y me apoyo en él.

—Tienes que...

—¿Parar? —El enfado de mi voz impacta entre sus hombros y lo noto, en el mínimo movimiento del brazo que tiene sobre los míos. Me muerdo la mejilla con el ceño fruncido.

—Tener cuidado —me corrige—. Te entiendo. De verdad que te entiendo.

—Pero todavía crees que no van a hacernos daño.

—No es eso. A lo mejor tienes razón. Puede que ya se aburran de nosotros.

—Y ya sabes lo que hacen. Con todo. No tienen compasión, Arlen.

Mi hermano sisea y nos callamos. Muy juntos. Me abraza y contenemos el aliento para ver si hay una tercera presencia en la sala. Ninguno de los dos respira hasta asegurarnos de que estamos solos.

—No es sólo eso, Bri. ¿Dónde vamos? Nos guste o no esta es nuestra casa. No conocemos nada de fuera.

—Sabemos que la torre tiene más plantas y cómo bajarlas.

—No quiero pensar qué harían si nos pillasen ahí. Y sí, sabemos que hay más plantas, pero ni siquiera sabemos cuántas. ¿Te acuerdas lo alta que veíamos la torre cuando éramos niños?

—Da igual la altura. Se puede bajar.

—¿Para encontrarnos con qué? No tenemos ni idea de cómo es el mundo ahí abajo.

—Ni vamos a saber nunca qué hay si nos quedamos.

—Ya. No digo que nos quedemos aquí para siempre, pero tenemos que pensarlo bien. ¿Dónde quieres que vayamos? No seremos capaces de volver a vivir en la aldea: aunque lográsemos llegar, irían allí a buscarnos.

Me llevo la mano a los labios. Me acaricio el inferior con la uña del pulgar, ensimismada. Respiro con el mismo cuidado con el que ordeno las palabras. Arlen tiene razón y no la tiene. Hemos escuchado lo

suficiente para saber en qué dirección queda la aldea en la que nos criamos. No sé si lograríamos llegar sin conocer el camino. También es cierto que allí nos encontrarían y después de escaparnos correríamos el mismo destino que nuestra madre, que todos aquellos que los ven. «Su belleza es tal que los humanos son incapaces de soportar mirarlos». *Ja*. Los ángeles viven en una torre de cristal y mentiras. Es cierto que no los hemos visto, sobrevivimos gracias a no ser capaces de verlos, pero hace mucho tiempo que dejamos de creerles. No existe esa belleza letal de la que tanto les gusta presumir.

Su vanidad sí que es tan poderosa que no se puede sobrevivir a ella, aunque en realidad tampoco se trata solo de eso.

No nos dejarían irnos de ninguna manera, en eso mi hermano tiene razón. No si ellos siguen vivos, y eso es algo que soy incapaz de decir. Es una frase peligrosa de susurrar. Incluso de pensar. Si ellos tan siquiera sospechasen que algo así se me pasa por la cabeza, nos matarían a ambos. Nos abrirían en canal, nos vaciarían como se le quita el relleno a un peluche y tirarían nuestros cadáveres desde lo alto de esta torre de cristal para que las ratas aprovecharan nuestros restos. Para que nos devorasen hasta que no quedasen más que los huesos como una advertencia para los hombres que viven como los roedores: los ángeles son intocables. Los ángeles son in-

humanamente bellos. Los ángeles son perfectos. Los ángeles son despiadados.

—Hay gente que vive abajo —contesto en vez de decir nada sobre lo que pienso.

A veces estoy segura de que Arlen lo considera también. Otras veces creo que no se le ha pasado por la cabeza.

—Sí. Los que ellos llaman hombres rata. Suena tentador —bromea y suelta el aire en algo que se parece a una carcajada.

—Suena a humanos como tú y yo que a lo mejor nos ayudan.

—O matarnos de un golpe para robarnos hasta los dientes. Briana, no vamos a hacer algo así de arriesgado. Escucha, de verdad que te entiendo. De verdad que me preocupa. De verdad que no quiero quedarme aquí para siempre, pero si nos vamos...

—Cuando nos vayamos —interrumpo, con la nariz arrugada.

—Cuando nos vayamos tiene que ser con un plan en mente, no lanzarnos a lo desconocido y esperar no morir en el intento.

Suelto el aire despacio. Me apoyo un poco más en el costado de mi hermano. Trato de empaparme de su calma, aunque los nervios me hormigueen por toda la piel. Nos iremos, estamos de acuerdo en eso, aunque tengamos que decidir muchos detalles como el cuándo y el cómo.

La lluvia empieza a repiquetear contra el cristal de nuestra torre. Va a ser un día muy largo.